



Columna

César Trabucco
Sociólogo

De la farmacopea

Es por todos sabido que frente a la enfermedad los caminos a seguir son el abordaje del problema de fondo y real causa de la enfermedad y, por otra parte, los paliativos que buscan abordar los síntomas. Confundir los procedimientos o no abordar estas dos estrategias en conjunto pueden traer incluso, en casos extremos, la muerte.

En el caso de nuestra sociedad la enfermedad grave que estamos sufriendo es la pérdida del tejido social, la debilitación extrema del tramado social que permite y facilita la interacción entre los sujetos al interior de la sociedad. Al no existir, o debilitarse severamente este tejido la sociedad es abordable por fenómenos como la delincuencia y otras lacras.

Antes de la década de los 70 del siglo pasado la mantención y creación de la densidad del tejido social la realizaban múltiples instituciones y entre ellas particularmente las escuelas y liceos que instaladas estratégicamente en barrios populares operaban como centros de actividad social.

En mi caso, la Escuela 4 de calle Huanchaca, Barrio Estación, operaba en la enseñanza básica toda la semana, pero, además facilitaba su cancha para jugar básquetbol y *pichangear* hasta la construcción de su propio estadio en los alrededores, hacían funciones de cine en su aula magna, comedor de diario, presentaba revistas de gimnasia, organizaba Boys scouts y un largo etc. que mantenía al barrio convocado en torno a sí, operando como un verdadero centro de atracción.

Así era también la Escuela 12, la Escuela 6 la 8 y muchas más que realizaban esta misma tarea al unísono manteniendo un tramado que permitía que los antofagastinos nos sintiéramos ligados y comprometidos a las calles, plazas y escuelas de nuestra ciudad. Era nuestra casa grande la que acogía a todos aquellos que entre mar y cerro construían el día a día de nuestras historias personales en una red que nos urdía.

Pero luego llegó la marea privatizadora del modelo neoliberal y bajo su paso arrollador, los hospitales, las escuelas, los parques y muchos otros se transformaron en actividades privadas orientadas al lucro. Las escuelas ya no prestaban los patios en fin de semana ni había sesiones de cine en el barrio. Eran ahora factores de exclusión y no de inclusión.

Y de a poco, casi imperceptiblemente, fuimos dejando de querer nuestras escuelitas que ahora solo se preocupan de cobrar la mensualidad, dejamos de cuidar nuestros hospitales que nos cobran por estacionar, dejamos de querer nuestras plazas que ahora son espacios de comercio ambulante. Fuimos debilitando severamente el tejido social.

Ante la aparición dramática de la inseguridad podemos pues aplicar sedantes y bajar los síntomas, más carabineros, más radiopatrullas, más cámaras, pero, por favor, vamos también contra las razones de fondo; más integración, más solidaridad, más amor por lo nuestro, y una acción sostenida para mejorar el tejido social mientras sea posible.